

LA CABALLERÍA AQUEMÉNIDA DEL SIGLO V A.C.

Dario TESTI

Departamento de Historia – Universidad de León

Recibido: 30/03/2013

Aceptado: 04/11/2013

RESUMEN: La infantería pesada griega, en los dos acontecimientos bélicos que abrieron y cerraron el siglo V a.C., demostró su aplastante superioridad contra la formidable máquina bélica de los reyes aqueménidas. La caballería persa, a pesar del resultado final de los enfrentamientos, constituía probablemente el cuerpo más entrenado, especializado y valioso de toda su hueste. En este trabajo analizaremos sus aspectos fundamentales examinando las pocas fuentes literarias que existen a nuestra disposición.

PALABRAS CLAVE: caballería, arqueménidas, Heródoto, Jenofonte, siglo V a.C.

ABSTRACT¹: The two conflicts which opened and closed the 5th century BC proved the overwhelming superiority of the Greek heavy infantry against the formidable war machine of the Achaemenid dynasty. Regardless of the final outcome of these conflicts, probably the best trained, most highly specialised and fearless force of the whole Persian army was the cavalry. Drawing mainly on the limited literary resources available, we analyze the key characteristics of this force.

KEYWORDS: cavalry, Achaemenids, Herodotus, Xenophon, 5th century BC.

1. INTRODUCCIÓN

El siglo V a.C. es el primero de la historia europea que podemos reconstruir de manera suficientemente fiable, a través de lo que solemos definir como «fuentes literarias», por lo menos en lo que concierne algunas de sus décadas y en un marco geográfico limitado al mundo de la cuenca del Mediterráneo oriental.

Habría que dividir esas fuentes, según criterio cronológico, entre:

1. Las del s. V a.C., que pueden ser obras de «historiadores», como Heródoto de Halicarnaso y Tucídides; de autores teatrales de tragedias, como Esquilo,

¹ Doy las gracias a la profesora Sharon Powell por la traducción.

Sófocles y Eurípides, o de comedias, como Aristófanes. Algunos de ellos incluso lucharon personalmente en el campo de batalla.

2. Las del s. IV a.C., en el que destacan las obras de filósofos, como Platón y Aristóteles. Además se ha conservado una parte de la obra técnico-militar de Eneas el Táctico y el propio Jenofonte², aunque nacido con anterioridad, realizó sus escritos en esa misma centuria.
3. Las de época romana, de historiadores, biógrafos y técnicos del arte de la guerra, como Cornelio Nepote (s. I a.C.), Asclepiodoto (s. I a.C.), Diodoro de Sicilia (s. I a.C.), Plutarco (s. I-II d.C.), Pausanias (s. II d.C.).

Estas fuentes tienen una importancia fundamental, ya que ofrecen al historiador la posibilidad de analizar los acontecimientos principales del s. V a.C., sin tener necesariamente que recurrir a la arqueología o a los pocos fragmentos de los poetas y otros autores menores que se han conservado. Sin embargo, no deja de haber algunos problemas, ya que se trata de una época muy lejana y con la barrera idiomática que representa el griego antiguo³. Desgraciadamente sólo existe una crónica de las Guerras Médicas, una de la Guerra del Peloponeso y una de la empresa de los «Diez Mil». Siendo sus autores y su público contemporáneos y, en algunos casos, veteranos de los acontecimientos bélicos descritos, en sus obras faltan ciertos datos que nos permitirían reconstruir de manera detallada e incontrovertible las tácticas, las maniobras, las armas etc., que es lo que ahora nos interesa. La batalla de Salamina, de 480 a.C., es el tema clave de *Los Persas* de Esquilo, pero la tragedia fue representada por primera vez en el 472 a.C., apenas ocho años después, lo que hizo que el autor no se molestase en explicar en detalle el enfrentamiento militar o la composición de los ejércitos.

En el pasado existían múltiples obras que habrían podido completar nuestro conocimiento de la centuria, incluso darnos una versión distinta o con otras perspectivas, pero se han perdido o solo se han conservado algunos fragmentos. Como consecuencia, han adquirido valor las obras de los historiadores de época romana, cuya reconstrucción de los hechos es probablemente menos fiable, aunque

² Jenofonte es particularmente útil para las reconstrucciones de corte militar por sus obras historiográficas (*Anábasis*, *Helénicas*, *Ciropedia*, *Agésilao*), políticas (*Constitución de Esparta*, *Constitución de Atenas*), filosóficas (*Recuerdos de Sócrates*) y técnicas (*Hierón*, *Los Ingresos públicos*, *El Jefe de la caballería*, *De La Equitación*, *De La Caza*).

³ Por suerte, tras seis siglos de filología humanística, las obras de los principales autores griegos han sido traducidas a las actuales lenguas europeas, aunque no faltan dudas e imprecisiones de las cuales un historiador militar puede percatarse.

nos ofrecieron algunos datos que obtuvieron de aquellos autores de época, cuyas crónicas se han perdido.

Todo lo que omitieron nuestras fuentes, y que la arqueología tampoco nos proporciona, lo reconstruimos por deducción lógica. Nuestro análisis de los hechos militares del s. V a.C. es, por tanto, consecuencia de los escasos datos que los autores nos ofrecen y que hemos ido acumulando para intentar establecer unas pautas, más o menos fijas, sobre el arte de la guerra, tanto de los griegos como de sus enemigos.

Se considera que en el s. V a.C. el imperio persa era la entidad político-militar más grande que se había conocido hasta entonces en la historia de la humanidad y que su soberano era el hombre más rico del orbe. Sometía a los reinos más o menos cercanos tanto con la actividad de su ejército, y de sus formidables arqueros, como con el oro del opulento tesoro imperial. Aquel imperio se había iniciado con Ciro el Grande, rey de Anshan, que sometería al reino de los medos y se convertiría en Gran Rey de Persia. Su hijo Cambises, así como Darío I y Jerjes seguirían ampliando las fronteras.

Esquema 1. Reyes persas hasta el s. V a.C.⁴

<i>Gran Rey</i>	<i>Genealogía</i>	<i>Reino</i>
Ciro	hijo de Cambises de Anshan	(559) 550-530 a.C.
Cambises	hijo de Ciro	530-522 a.C.
crisis		522-521 a.C.
Darío I	rama colateral aqueménida	521-486 a.C.
Jerjes	hijo de Darío I	486-465 a.C.
Artajerjes I	hijo de Jerjes	465-424 a.C.
crisis		424-423 a.C.
Darío II	hijo ilegítimo de Artajerjes I	423-404 a.C.
Artajerjes II	hijo de Darío II	404-359 a.C.

El imperio llegó a abarcar unos tres millones de km² con una extensión longitudinal de 5.000 km., que se extendía por tres continentes. Durante esa expansión, en el s. VI a.C. entró en colisión con el mundo griego, en su franja anatólica⁵. Era una sombra que se cernía sobre la libertad de las *poleis*, llegando a someter a los griegos del Asia Menor, invadiendo la península helénica, en las dos primeras Guerras Médicas de los años 490 y 481-479 a.C., e interviniendo en la última parte de la Guerra del Peloponeso (fase Deceleica de 413-404 a.C.) al lado

⁴ M. BETTALLI, A. L. D'AGATA, A. MAGNETTO (2006) *Storia greca*. Roma: Carocci, p. 134

⁵ BETTALLI, *op. cit.*, p. 133

de los espartanos. Todo lo anterior al margen de su influencia en el s. IV a.C., que no incluimos por no pertenecer al marco cronológico elegido. A finales del siglo V a.C. se invirtió momentáneamente la tendencia y, en el contexto de una crisis dinástica que contrapuso a los dos príncipes persas Artajerjes II y Ciro el Joven, un contingente de mercenarios griegos fue alistado por el segundo y combatió en Cunaxa (401 a.C.), en tierra persa.

Volviendo a nuestras fuentes, debemos considerarlas con prudencia en nuestra reconstrucción, puesto que fueron escritas por los enemigos de los persas. De estos solo nos han llegado algunas obras epigráficas, como el Cilindro de Ciro; la inscripción de Behistun, en Kermanshah; la tablilla de Gadai-lama; incluso algunos pasajes de la Biblia, en particular de los libros de *2 Crónicas* (XXXVI), *Esdras* (I, IV, VI, VII,), *Ester* (XII, I, II, III, XIII, XV, XVI, X), *Daniel* (VI). De todas formas, en la mayoría de los casos solo nos ofrecen datos que no nos ayudan a reconstruir los hechos bélicos ni a conocer a sus protagonistas. Otro límite importante de nuestra reconstrucción del mundo persa es cronológico, porque los autores griegos describieron a sus poderosos vecinos en los momentos de contacto bélico, dejando prácticamente un vacío historiográfico de los momentos en los que no había enfrentamientos, como sucedió en el periodo entre la conclusión de la Segunda Guerra Médica (479 a.C.) y la revuelta de Ciro el Joven (401 a.C.). Tucídides, en la *Historia de la Guerra del Peloponeso* y Jenofonte, en las *Helénicas*, no ofrecen prácticamente ningún detalle importante de los contingentes persas que participaron en la última fase del conflicto.

El objetivo del presente trabajo es, por tanto, reunir los pocos datos de que disponemos para así intentar reconstruir el papel de la caballería persa. Analizaremos su función estratégica, sus maniobras, sus tácticas, sus armas y sus armaduras; incluso intentaremos averiguar si los aqueménidas desplegaron la caballería pesada, no obstante la ausencia de referencias explícitas en nuestras fuentes sobre el argumento.

2. CABALLERÍA PERSA

Las formaciones persas, protagonistas hasta entonces de las conquistas militares más brillantes de la historia de la humanidad, fueron humilladas por los hoplitas griegos en cualquier enfrentamiento importante en campo abierto, incluso en la victoria de las Termópilas⁶. Se trataba de la infantería pesada helénica, tanto de los espartanos, profesionales de la guerra, como de los guerreros del resto de Grecia,

⁶ Literalmente «portadores del *hoplos*», el conocido y pesado escudo redondo con capa exterior de bronce.

que no se sometían a un entrenamiento específico como los de Esparta. Los guerreros helénicos, a pesar del resultado final de la mayoría de las batallas, mostraban una aplastante inferioridad numérica y una grave dificultad táctica. La causa esencial era la escasez o, incluso, la falta total de caballería y de tiradores, que caracterizaba a los ejércitos griegos, sobre todo a comienzo del siglo. Los dos cuerpos, por el contrario, constituían el fuerte del ejército persa. Los hoplitas tuvieron que equilibrar estas desventajas con la astucia, el coraje, la disciplina, la superioridad táctica y el aprovechamiento de la morfología montañosa de Grecia. Heródoto, con ocasión del choque de Maratón, nos recuerda que los medos⁷ pensaban que los atenienses habían enloquecido, por cargar a la carrera con lanzas y escudos sin haber debilitado antes a la infantería enemiga, arrojando nubes de flechas:

«Los persas los vieron correr velozmente contra ellos y se armaron para enfrentárseles, atribuyendo a los atenienses una locura absolutamente aniquiladora, pues veían que pocos eran en número y que se les aproximaban corriendo sin disponer ni de caballería ni de arqueros»⁸.

De esta breve reflexión obtenemos la prueba ulterior de la importancia que los reyes y generales asiáticos concedían a la caballería y a los tiradores, mientras que los *maratonómacos*, los hoplitas veteranos de Maratón, daban solamente valor a la infantería pesada.

*Diez mil jinetes no son otra cosa que diez mil hombres, porque todavía nadie ha muerto en combate por el mordisco o la coz de un caballo*⁹. Este raro juicio de Jenofonte debe ser un mero artificio retórico para motivar a los soldados a olvidar el miedo y darse ánimo, pues él mismo era un jinete y dedicaría dos tratados a la equitación. Los persas, por el contrario, no se equivocaban cuando confiaban el resultado de los enfrentamientos en campo abierto a los tiradores y a las tropas de a caballo, puesto que estos cuerpos eran los que creaban más apuros al enemigo helénico. Esquilo los describe como *jinetes, de aspecto terrible, y en la lucha invictos por su gran coraje*¹⁰. Cuando el Gran Rey Jerjes, durante la Segunda Guerra Médica, decidió organizar un desfile de su ejército, antes de cruzar el

⁷ En este trabajo los términos «persa» y «medo» son usados como sinónimos, aunque se trataba de dos pueblos distintos si bien cercanos: *mutatis mutandis* es como si llamáramos «español a un portugués debido a la necesidad de encontrar un sinónimo.

⁸ Hdt. VI, 112.

⁹ X., *An.* III, 2:18; de todos modos leemos en la vida de Temístocles, escrita por Plutarco, que uno de sus hijos, Neocles, murió como consecuencia del mordisco de un caballo (Plu., *Them.* XXXI, 2).

¹⁰ A., *Pers.* v. 26.

Helesponto, Heródoto hizo referencia a que disponía de 80.000 jinetes, divididos en escuadrones¹¹, entre los cuales la élite estaba constituida por la caballería de etnia persa, que la formaban 10.000 jinetes¹². El cronista menciona también dos cuerpos más de élite, constituidos por 1.000 unidades cada uno, aunque su función en el campo de batalla no nos quedó clara hasta que el autor nos describe la muerte de Mardonio¹³, en Platea, con su cuerpo de 1.000 jinetes.

Para nuestros fines debemos además analizar, aunque sea de forma breve, las tres calidades del caballo, que determinan su empleo en el campo de batalla: peso, agilidad y velocidad. Cada variedad equina tiene su peso y tamaño, hasta alcanzar e, incluso, superar la tonelada en el caso del *shire*; mientras la velocidad máxima de algunas razas puede incluso alcanzar unos 70 km/h. Igualmente se debe tener en cuenta que el peso del animal es inversamente proporcional a su velocidad, amén de la carga adicional constituida por el jinete, su panoplia y sus armas. Velocidad y agilidad, en cambio, son dos propiedades que se complementan y contribuyen a determinar las funciones estratégicas y tácticas de la caballería ligera. Para mayor claridad podemos ofrecer una distinción propedéutica entre la ligera y la pesada, aclarando que se trata en este caso de un adjetivo semántico y no etimológico, atribuido en base a la función de cada cuerpo en el campo de batalla y no al peso de la armadura del jinete o de su animal. Un arquero a caballo, completamente acorazado, que disparaba contra el enemigo sin llegar al choque frontal, se caracterizaba por la pesadez de equipamiento, pero no desempeñaba en el campo de batalla el papel típico de la caballería pesada. La misma categorización lógica se aplicaba a la infantería pesada, de que formaron parte, según en que momento, tanto un hoplita de comienzo del s. V a.C., protegido de la cabeza a los pies, como uno de finales de la misma centuria, que portaba tan solo un yelmo y un escudo.

Al cuerpo de caballería ligera pertenecería, entonces, un jinete¹⁴ que se servía de la velocidad y de la agilidad del caballo para desempeñar determinadas tareas en el contexto bélico, que eran particularmente idóneas para sus características y potencialidades y que podemos analizar a partir de determinados detalles de

¹¹ Hdt. VII, 40, 41; encontramos otra parada militar en X., *Cyr.* VIII, 3:13-18.

¹² Hdt. VII, 87, 184; si fuera fiable sería un número desproporcionado, si consideramos que en Platea los griegos alinearon 115.000 infantes, véase Hdt. IX, 30.

¹³ El Gran Rey Jerjes, tras la derrota de Salamina, volvió a Persia y dejó en Tesalia a las tropas de tierra encabezadas por Mardonio, que las acaudilló en Platea. Se trataba de un dignatario imperial de alto rango, yerno y sobrino de Darío y primo de Jerjes.

¹⁴ Refiriéndonos a una distinción semántica medieval podemos definir «jinete» al miembro del cuerpo de caballería ligera.

algunas de las batallas más importantes del siglo, en lo que seguiremos un orden cronológico.

3. EXPLORACIÓN Y TRASLADO DE MENSAJES

Los ejércitos helénicos del s. V a.C., tanto de Anatolia como de la península griega y de Sicilia, aprovechaban la superior velocidad y movilidad del caballo para enviar relevos montados e intercambiar mensajes como para explorar el territorio y reconocer los desplazamientos de las tropas enemigas; dos tareas imprescindibles en el contexto bélico. La velocidad y la resistencia física del animal permitían al explorador montado recorrer una distancia mayor y en menos tiempo que un infante, sin agotarse. El caballo también mantenía el equilibrio en superficies escarpadas, accidentadas y con un buzamiento prohibitivo para un ser humano, mientras que la longitud de las patas le permitía cruzar obstáculos naturales y artificiales, tanto ríos y superficies nevadas como vallas o hileras. La alzada del animal, además, ponía al jinete en algo comparable con un pedestal, que acrecentaba su campo visual relativo, para avistar por adelantado a los enemigos.

El corazón de Oriente Medio, donde residía la sede del poder del imperio persa, donde los aqueménidas desarrollaron y evolucionaron las maniobras y las tácticas de su hueste, estaba caracterizado, en algunas de sus regiones más importantes, por un terreno *plano como el mar*¹⁵, con un clima particularmente inadecuado para la vida humana y enormes distancias, sin vías de comunicación y la monotonía de no existir obstáculos naturales¹⁶. Hemos descrito con Jenofonte un contexto en el cual el uso del caballo era imprescindible para la comunicación en el ejército. Siendo un terreno plano y sin obstáculos, además, resultaba ser particularmente adecuado tanto para usar este animal como para las maniobras de caballería ligera.

El caballo, como cualquier instrumento bélico de la historia, necesitaba un terreno adecuado para que su empleo fuera perfectamente funcional. Así, Heródoto al describir la derrota de Creso de Lidia por Ciro el Grande (546 a.C.) en una batalla de la caballería, nos dice que *se enfrentaron en el llano que hay delante de la ciudad de Sardes, llamado Llano Sardiense, vasto y sin vegetación*¹⁷. La mayoría de Grecia Meridional, en cambio, era un lugar particularmente inadecuado para el uso de aquel arma, como nos manifiestan tanto Heródoto como Tucídides. El primero, al referirse a Mardonio, nos dice que *la caballería le era inútil*¹⁸, el

¹⁵ X., *An.* I, 5:1.

¹⁶ X., *An.* I, 5:9.

¹⁷ Hdt. I, 80.

¹⁸ Hdt. IX, 13.

segundo que *los caballos [...] dañaban los cascos contra el terreno rocoso*¹⁹. Los exploradores a caballo, en cambio, como actuaban individualmente y sin tener que desplegar maniobras, podían desplazarse en terrenos más abruptos y conservar su ventaja en velocidad y agilidad con respecto a la infantería. Por eso se dispersaron en el territorio de Asia Menor, en ocasión de la invasión de Jonia, y en Grecia durante las dos campañas del primer cuarto del s. V a.C.. Tras el desastre de Salamina el Gran Rey Jerjes envió en Persia un mensajero para comunicar el resultado del enfrentamiento naval, lo que aprovechó Heródoto para describirnos el sistema de postas creado y/o perfeccionado, que determinaba una extraordinaria velocidad en la transmisión de los mensajes, ya que *ni la nieve ni la lluvia, ni el calor ni las tinieblas impiden, al jinete al que le toque, hacer el recorrido que le corresponda de la manera más rápida posible*²⁰.

En la *Anábasis* los jinetes persas eran utilizados con análoga función, desplazándose con celeridad en suelo abrupto y pudiendo penetrar en la tierra de nadie, que dividía a los dos ejércitos, con relativa tranquilidad y sin poder ser alcanzados o atacados. Desde la fracasada agresión de Cresos de Lidia, en el 547 a.C., esta fue la primera vez que los griegos, como mercenarios de Ciro el Joven, atacaron directamente el corazón del imperio persa. En este contexto, los exploradores de a caballo se ocuparon de aplicar la estrategia de la tierra quemada²¹.

4. ARRASAMIENTO DE LA COMARCA, ATAQUE Y ACRIBILLAMIENTO DE LAS TROPAS ADVERSARIAS

Analizando las fuentes relativas a las dos invasiones de Grecia, efectuadas por el ejército persa en el curso de las Guerras Médicas, encontramos la descripción de una estrecha cooperación entre ejército y fuerza naval. El transporte marítimo era mucho más rápido y comportaba un menor consumo de abastecimientos, aunque exponía a la flota a las fuerzas de la naturaleza. Las tropas de tierra, desplazándose a lo largo de la costa, pudieron ser abastecidas desde el mar, o bien embarcadas para evitar un terreno particularmente abrupto o para desplegar una determinada maniobra estratégica. Según Heródoto, antes del enfrentamiento de Cabo Artemisio, Aquémenes había dicho a su hermano Jerjes, *tu flota integra ayudará a*

¹⁹ Th. VII, 27.

²⁰ Hdt. VIII, 98; véase también *Est* XV, 8:10; XVI, 8:14.

²¹ X., *An.* I, 6:1.

la infantería, y tu infantería a la flota, en la hipótesis de que avancen conjuntamente²².

Los caballos, en el curso de la marcha de acercamiento al Ática, fueron embarcados, transportados rápidamente en las naves apropiadas y desembarcados en lugares adecuados para asolar, saquear y luego retirarse, antes de que las tropas locales pudieran intervenir y defender su tierra; o bien para conquistar un terreno idóneo donde poder desembarcar la infantería, por ejemplo en ocasión del ataque contra Eretria (490 a.C.)²³. En ambos casos actuaron como las cabezas de puente más avanzadas de la invasión. Preceder al ejército y asolar las comarcas enemigas era un papel que los jinetes persas desempeñaban regularmente, como lo hicieron, por ejemplo, antes de la batalla de Platea²⁴, por desplazarse a una velocidad mayor de la de cualquier contingente de infantería e infligir entonces un daño más grave, en una extensión mayor de terreno. Arrasar el territorio del enemigo consistía en saquear sus campos, cortar sus árboles y destrozarse sus villas o asentamientos menores, que no estaban amurallados o protegidos por un ejército, matando a los hombres, esclavizando a los jóvenes y violando a las mujeres; es decir, lo que en la Edad Media solía definirse como una «cabalgada». El resultado conseguido era triple: la hueste se abastecía *in situ* con los avituallamientos del enemigo, al cual infligía un daño por privarlo de importantes recursos, al tiempo que se levantaba el moral de las tropas, como consecuencia de las ganancias derivadas del saqueo, ya que en esos tiempos el ejército no solía percibir un sueldo fijo y regular.

En el momento en el que interviniera un contingente de infantería enemiga, la caballería podría replegarse, en presencia de tiradores que podrían rechazarla con jabalinas, arcos y hondas, es decir, de la infantería ligera; en el caso de una formación de infantería pesada, los jinetes podían lanzarse al ataque, intentando diezmarla con sus armas arrojadas para exponerla a ulteriores ataques. En la víspera de la batalla de Platea, por ejemplo, Heródoto nos menciona un choque, en el cual los arqueros persas a caballo rodearon a 1.000 hoplitas focenses. La formación «canónica» de infantería pesada, generalmente, era rectangular y con uno de sus lados amplios orientado hacia el enemigo, mientras que frontalmente y en su flanco izquierdo estaba casi completamente protegida, pues los hoplitas sostenían el pesado escudo con el antebrazo izquierdo. El flanco derecho y la retaguardia, en cambio, estaban descubiertos y generalmente respaldados o por defensas naturales o por otros cuerpos de infantería ligera, caballería o infantería

²² Hdt. VII, 236.

²³ Hdt. VI, 101.

²⁴ Hdt. IX, 14.

pesada. Los hoplitas, en ausencia de apoyos exteriores, podían incluso desplegar una formación cuadrada, con los escudos direccionados en los cuatros lados para protegerse en caso de ser rodeada; o bien circular, como leemos en la *Anábasis: los hombres de Jenofonte, completamente acosados por una lluvia de flechas y piedras, avanzaron en círculo de manera que pudieran oponer sus escudos a los disparos enemigos*²⁵. De lo contrario hasta la formación más sólida, cerrada y compacta podía ser atacada por los jinetes adversarios en la retaguardia y descompuesta. Lo que está claro es que los hoplitas no podían contraatacar de ninguna forma por estar desprovistos de armas arrojadas, ya que un infante nunca puede alcanzar a un jinete; si saliera de la formación perdería la protección ofrecida por los escudos del resto de sus compañeros, quedándose indefenso. A pesar de la grave desventaja táctica de los citados 1.000 hoplitas focenses, los medos no consiguieron romper su formación, que los helenos mantuvieron *tan compacta como pudieron*²⁶ y que posiblemente era circular o cuadrada. Heródoto no cita ni la intervención de tropas ligeras en socorro ni el repliegue hasta un territorio más apto para defenderse de los ataques de los jinetes; es probable que los persas, al darse cuenta de la ineficacia de su ataque, se replegasen antes de vaciar sus carcajes.

Siempre en Platea, en el momento en el que todo el ejército de Jerjes formó, la caballería se colocó aparte, de manera que pudiera garantizarse el movimiento de despliegue y maniobrar sin el estorbo de su propia infantería²⁷. La caballería ligera tenía la necesidad de actuar en cooperación con el resto de su hueste, no pudiendo solucionar un enfrentamiento sin el respaldo de su propia infantería, pero manteniendo gran libertad de movimiento. Tenía que desplazarse con velocidad y agilidad y atacar donde el enemigo fuera más vulnerable; o bien intentar desestabilizar el contingente más fuerte del adversario antes de que interviniera su propia infantería, pero sin llegar al contacto directo. Esa caballería aprovechaba su velocidad para dejar a merced de su ejército al enemigo griego, cuya hueste estaba formada casi únicamente por la infantería. En Platea dio un rodeo al ejército helénico para atacar su línea de abastecimiento, al tiempo que impedía que los infantes pudiesen acceder a las fuentes de agua, siendo entonces el mes de agosto, o enviar a sus emisarios para pedir ayuda²⁸. En este caso Heródoto nos describe brevemente el armamento de los jinetes. Se trataba, por supuesto, de caballería ligera, que atacaba con arcos y venablos, hecho que determinaba que fuese *difícil*

²⁵ X., *An.* VII, 8:18.

²⁶ Hdt. IX, 17, 18.

²⁷ Hdt. IX, 32.

²⁸ Hdt. IX, 39.

*aproximarse a ellos*²⁹. Su táctica, y en este caso el cronista lo confirma, consistía en atacar y replegarse sin ofrecer un blanco a las lanzas de los hoplitas, quedándose fuera del alcance de los eventuales tiradores enemigos.

En el propio campo de batalla los dos ejércitos enfrentados estaban acuartelados en las riberas del río Asopo, en Beocia, y nadie se atrevía a cruzarlo, pues ante un curso de agua cualquier contingente era particularmente vulnerable, ya que se solía perder la formación y ofrecer entonces al enemigo una ocasión para atacar y destruir. Inmediatamente antes de la batalla, toda la hueste griega intentó alejarse de la orilla, sin embargo se dividió en el acto en tres contingentes: los lacedemonios en el flanco derecho, los atenienses en el izquierdo, mientras que los del centro se retiraron del campo de batalla y, según parece, no volvieron a luchar. En este momento de aparente desastre táctico, por la abertura de una enorme brecha en el frente, el ejército del Gran Rey aprovechó la dificultad y la falta de coordinación de los distintos contingentes griegos para lanzarse al asalto. Mardonio, en particular, lanzó su caballería porque la infantería persa, incluso cruzando el Asopo y cargando a todo correr, no habría podido intervenir con inmediatez y probablemente habría dejado a los griegos tiempo para reorganizarse. *Es sensato, recuerda Jenofonte, lanzarse por donde las fuerzas enemigas sean débiles, aun cuando se hallen lejos*³⁰ ya que la velocidad del caballo permitía al jinete atacar donde y cuando fuera más oportuno. El cuerpo de caballería, sin embargo, eligió el blanco más difícil, la formación espartana. Para ello parece haber tenido dos razones. La primera, porque eran conscientes de que podían perder sus ventajas si hubieran atacado a los atenienses, en cuya formación había un contingente de tiradores escitas. La segunda, porque destrozando a los lacedemonios, se destruía a la flor y nata de la entera hueste helénica. Se trataba de un choque entre las élites de los dos contrincantes, de cuyo resultado habría dependido la suerte de la batalla y de toda la guerra, por eso Mardonio aceptó el riesgo de acercar sus jinetes a las lanzas de los espartanos. Cuando los lacedemonios, acribillados por todos lados por las tropas montadas, fueron alcanzados por la infantería enemiga, se lanzaron a la carrera. No tenían arqueros u honderos para contraatacar a los jinetes pero podemos suponer que estos, una vez que se acercaron y que se quedaron envueltos en el choque entre las dos infanterías, perdieron la posibilidad de maniobrar liberamente. Se quedaron, entonces, al alcance de piedras y jabalinas arrojadas por los 40.000 ilotas que respaldaban la formación de infantería pesada lacedemonia. En el violento choque

²⁹ Hdt. IX; 49.

³⁰ X., *Eq. Mag.* IV, 14.

que se produjo murieron tanto Mardonio como su escolta de 1.000 jinetes³¹. Al final de la batalla Heródoto destaca el papel que habían tenido el general persa y sus hombres, los más valientes de todos los bárbaros, juntos con los arqueros³².

Pasadas ocho décadas nos encontramos con el contingente mercenario griego de Ciro el Joven. Los «Diez Mil», tras la aniquilación de sus aliados persas en Cunaxa y por no ser respaldados por un cuerpo competente de jinetes y de infantería ligera, fueron acosados por la caballería y los tiradores enemigos, al mando de Mitrádates³³. Como en las primeras fases de la batalla de Platea, la caballería ligera nunca llegó al contacto con las tropas pesadas helénicas: se limitó a acribillarlas, quedándose fuera de su alcance, de su muro de escudos y de su selva de lanzas, replegándose si se la perseguía, para luego volver al ataque³⁴. Ante el fracaso frente a la caballería persa, los «Diez Mil» formaron un cuerpo de arqueros y honderos, por un lado, y de jinetes, por el otro, para contrarrestar con éxito los asaltos y contraatacar. Los jinetes persas adquirieron entonces constancia de que habían perdido su ventaja táctica y se limitaron a seguir la formación enemiga para luego atacar a los infantes cuando se dispersaban por las llanuras, saqueando los campos para abastecerse³⁵. *Hay que cazar siempre al más débil con el más fuerte*³⁶, decía Jenofonte³⁷.

Cuando los «Diez Mil», una vez alcanzado el Mar Negro, se dividieron, el contingente arcadio, constituido únicamente por hoplitas, se dispersó en busca de botín y fue atacado por los jinetes de Farnabazo³⁸, que cooperaban con las tropas ligeras locales, consiguiendo matar a 500 hombres:

«Los griegos no contaban ni con arqueros, ni con lanzadores de jabalina ni con jinetes, mientras que el enemigo podía salir a por ellos a galope o a la carrera descargando sus proyectiles. En consecuencia, a cada asalto de los griegos, los tracios se replegaban sin dificultad y salían al contraataque

³¹ Hdt. IX, 63.

³² Hdt. IX, 71; D.S. XI, 31:2.

³³ Oficial del ejército de Ciro el Joven que se pasó al bando de Artajerjes II tras la muerte del príncipe rebelde, en Cunaxa.

³⁴ X., *An.* III, 3:6-4:5.

³⁵ X., *An.* III, 5:2.

³⁶ X., *Eq. Mag.* IV, 18.

³⁷ X., *An.* II, 5:32.

³⁸ Sátrapa de Frigia Menor y Bitinia.

percutiéndoles en todos los frentes, de modo que mientras que un bando sufría numerosas bajas, el otro ninguna»³⁹.

6. ARQUEROS A CABALLO

Hemos visto, en el curso de nuestro análisis de los ataques de la caballería, que los jinetes persas solían disparar el arco a caballo, lo que no se producía en los ejércitos europeos, salvo que contasen con mercenarios asiáticos, norteafricanos o de Europa Oriental. El arco les hacía particularmente peligrosos, porque podían atacar de lejos para luego replegarse sin que el enemigo pudiese contraatacar con sus armas blancas, o las arrojadizas, que en la mayoría de los casos eran de menor alcance. Solo los honderos, y en algunos casos los arqueros, conseguían rechazarles, teniendo también en cuenta que se trataba de un blanco en rápido movimiento y por eso particularmente difícil. Jenofonte nos relata que *nuestros adversarios nos acribillan a flechas y pedradas desde una distancia a la que ni los cretenses ni los lanzadores de jabalina pueden dar réplica*⁴⁰, aunque luego aclara que el alcance de los proyectiles disparados por los honderos rodios era incluso superior al de los arcos de los persas⁴¹. Los arqueros a caballo repetían entonces las mismas maniobras del resto de los jinetes, solo que sus arcos tenían un alcance y una cadencia de tiro mayor que las jabalinas, lo que iba asociando las extraordinarias cualidades de sus caballos. Decía Heródoto, al relatarnos la batalla de Platea, que la caballería *se lanzó al asalto y, disparando flechas y venablos, causó bajas en todo el ejército griego: eran arqueros montados y era difícil aproximarse a ellos*⁴².

El arco compuesto, de origen asiático, estaba constituido por tres capas distintas. La de hueso constituía la capa interior, por ser más resistente y menos elástico; la de tendón era la exterior, en virtud de su superior elasticidad; siendo la intermedia de madera. Tanto Heródoto como Jenofonte mencionan en sus crónicas un arco más grande que lo de los tiradores griegos, lo que nos lleva a suponer que los persas tenían diferente tipos para la caballería y la infantería, pues un arco largo habría sido imposible de utilizar por un jinete, si antes no desmontaba. Las flechas eran de caña y más largas que las utilizadas por los griegos, con una punta hueca y

³⁹ X., *An.* VI, 3:7.

⁴⁰ X., *An.* III, 3:15; 4:16; los arqueros de Creta, en particular, eran los más diestros del mundo griego.

⁴¹ X., *An.* III, 3:17-20.

⁴² Hdt. IX, 49.

pequeña de hierro o bronce, de forma prismática y con tres filos longitudinales.⁴³ Estas flechas llevaban muescas en la parte posterior, para que el arquero pudiera sujetarlas con los dedos al tensar el arco. También disponían de «alas», es decir, plumas de ave cortadas y pegadas o atadas al asta para dar mayor estabilidad al proyectil⁴⁴. Debido a su fuerza estructural y a las características de las flechas, el arco compuesto tenía un alcance y una potencia que ni los escudos y ni las armaduras de los hoplitas podían parar. Como recuerda Jenofonte:

«Fue en estas circunstancias como perdió la vida el valiente soldado espartano Leónimo, a consecuencia de un disparo de flecha que le traspasó el escudo y la cota y fue a clavarse en un costado⁴⁵ ...sus flechas [de los arqueros armenios] atravesaban escudos y corazas»⁴⁶.

En la batalla de Cunaxa, los persas de Artajerjes que se hallaban frente al muro de escudos de los hoplitas huyeron antes de entrar en contacto, *antes incluso de que se encontraran a tiro de arco*. Dice Jenofonte que *los barbaros se repliegan y se dan a la fuga*⁴⁷. Nuestro cronista nos menciona la presencia de arqueros en la formación de Artajerjes, pero no describe ni su colocación, ni su equipo de combate, ni sus tácticas. De todos modos, la primera parte del texto que mencionamos nos hace suponer que los griegos, que conocían muy bien la habilidad de los tiradores medos, casi se extrañaron al ver que estos se daban a la fuga, en lugar de acribillarlos con las flechas cuando estaban al alcance. Habría sido lógico desencadenar una tempestad de saetas contra los «Diez Mil» y replegarse, antes de que estos pudieran llegar al contacto directo. En la reconstrucción de Diodoro de Sicilia, sin embargo, los helenos se lanzaron a la carrera mientras los arqueros enemigos los acribillaban⁴⁸. Tras la batalla, durante la retirada, las tropas de Jenofonte fueron acosadas por los tiradores, tanto infantes como jinetes, y alcanzadas y atacadas en algunas escaramuzas por las tropas de Mitrádates. Nuestro cronista, en particular, destacaba la habilidad de los arqueros a caballo y decía que *los jinetes barbaros causaban heridas en su huida disparando*

⁴³ Véase E. F. SCHMIDT (1939), *The Treasury of Persepolis, and other discoveries in the homeland of the Achaemenians*. Chicago: University of Chicago press, pp. 46, 47. Simónides mencionó una flecha de triple punta, pero no sabemos si se refiriera a un arma griega o persa (Simon., *PMG* 636).

⁴⁴ Hdt. VIII, 128; Polyae., *Exc.* VII, 33:1; Véase también *Poliorc.* XXXI, 25-27.

⁴⁵ X., *An.* IV, 1:18.

⁴⁶ X., *An.* IV, 2:28.

⁴⁷ X., *An.* I, 8:19.

⁴⁸ D.S. XIV, 23:1.

*flechas, vueltos hacia atrás, desde sus caballos*⁴⁹. Esto lo confirmó Platón en *Laques: combaten no menos huyendo que persiguiendo*⁵⁰.

El uso del arco en batalla, que en Oriente era una demostración de fuerza y de habilidad, en el mundo griego era prueba de cobardía, como recuerda Diomedes a Paris cuando este le disparó un flechazo en la pierna desde la muralla de Troya, en el libro XI de la *Ilíada*:

*«Arquero, fanfarrón, presuntuoso
por tus trenzas, corruptor de doncellas,
¡ojalá de verdad tú, cuerpo a cuerpo,
conmigo con tus armas te midieras!
no habrían de valerte
ni el arco ni las flechas abundantes;
ahora, empero, la planta
del pie me has arañado
y aun así te jactas;
no lo tomo en cuenta,
como si una mujer hubiera sido
quien me hubiese alcanzado
o un niño sin uso de razón;
mocha es la flecha de un varón sin fuerza
y que no vale nada»*⁵¹.

Esto mismo lo corroboró Eurípides en su *Heracles*:

*«Él [Heracles], aunque era un don nadie, gozaba de buena reputación por su coraje en combates contra fieras, pero en lo demás no era en absoluto un hombre resuelto. Jamás un escudo embrazó en su mano izquierda y nunca se acercó a una lanza, sino que prefería su arco, un arma de las más cobardes, con la retirada siempre al alcance de la mano. La prueba auténtica del coraje de un hombre no es el arco, sino el quedarse plantado, mirando y clavando la mirada fijamente, frente a frente, al surco veloz de la lanza, con el pie dentro la fila»*⁵².

7. ¿CABALLERÍA PESADA?

La caballería pesada tenía unas características propias:

⁴⁹ X., *An.* III, 3:10.

⁵⁰ Pl., *La.* 191^a.

⁵¹ Hom., *Il.* XI; 385-391.

⁵² E., *HF* vv. 157-164.

1. Usaba una táctica completamente diferente. Formaba una sucesión de líneas, que atacaban frontalmente al enemigo, convirtiendo el peso y la velocidad del caballo en una fuerza de impacto para romper la formación adversaria.
2. La armadura de sus efectivos era teóricamente más completa, debiendo proteger tanto al caballo como al caballero en el momento del choque frontal contra la infantería, posiblemente con el auxilio de un escudo.
3. El caballo era de mayor tamaño, por lo que se seleccionaban razas más robustas y resistentes, que pudieran soportar el peso del jinete con su armadura completa, así como facilitar la tarea de romper el frente enemigo; todo ello en detrimento de la velocidad y la agilidad.
4. La lanza era más larga y resistente. Se tenía en cuenta la ley física de concentración de la fuerza, en la que se sumaba la velocidad y el peso del animal y se concentraban en la punta del arma sobre una superficie pequeña del blanco. Esto suponía el uso de un asta resistente, y más larga que las de infantería, para que el caballero pudiera chocar con el blanco antes de poder ser atravesado por el enemigo.
5. La lanza se sujetaba con las dos manos, para soportar tanto la mencionada fuerza como la resistencia ofrecida por el blanco en el momento del impacto.

Buscamos en nuestras fuentes algunos detalles que nos permitan suponer la utilización en el campo de batalla de la caballería pesada por los Aqueménidas del siglo V a.C. Heródoto, en el contexto de la sublevación de Jonia, nos describe un choque en Malene (493 a.C.), en el cual la intervención de la caballería persa *desbarató a los griegos*⁵³. Sin embargo, esta referencia no nos permite aclarar si nuestro cronista está describiendo la intervención de la pesada o la de los tiradores a caballo. Es particularmente difícil sostener la presencia de caballería pesada en el ejército persa a comienzo del siglo, tanto por falta de referencias en las fuentes como por problemas técnicos, como la ausencia de silla por aquel entonces, que determinarían una pérdida de equilibrio del caballero a la hora de la carga frontal y del choque contra el enemigo. Dice Jenofonte que *los jinetes se encuentran suspendidos sobre el caballo, temerosos no solo de nosotros, sino también de caerse*⁵⁴. Cuando los jinetes de Ciro el Grande y Cresos se enfrentaron en Sardes (546 a.C.), Heródoto solo nos menciona que los persas *empuñaban grandes*

⁵³ Hdt. VI, 29.

⁵⁴ X., *An.* III, 2:18.

lanzas⁵⁵. Debido a este detalle podríamos suponer que la caballería pesada, con «grandes lanzas», cargó frontalmente contra la infantería griega para romper su formación en Malene, pero solo es una suposición y, desde luego, no tenemos testimonios de la presencia de este cuerpo en las Guerras Médicas.

El relato de la batalla contra Creso, ofrecido por Jenofonte en *Ciropedia*, describe las armaduras de los jinetes y sus lanzas de cornejo⁵⁶, pero no nos proporciona la prueba del uso de la caballería para cargar frontalmente contra el adversario⁵⁷. En un momento particular del choque vemos al caballo de Ciro pisotear a la infantería egipcia y caer por un golpe de daga en el vientre. Es un episodio confuso, tanto en la batalla como en el relato de Jenofonte, pues se sabe que entró en contacto con la infantería enemiga pero no son aclaradas las modalidades, por eso tampoco en este caso encontramos una prueba convincente⁵⁸. Nuestro cronista, además, nos ofrece un relato que es el resultado de su experiencia, que corresponde al final del siglo V a.C., para reconstruir acontecimientos anteriores, de ahí la poca fiabilidad de sus descripciones cuando toca el pasado, aunque creíble a partir del reinado de Artajerjes II, que coincide con lo que el conoció. Así menciona los *parapleuridia*, que veremos más adelante, que se utilizaban en su época pero no en la de Ciro el Grande.

En las primeras fases de la batalla de Platea la caballería de Masistio atacó infligiendo bajas a los griegos megarenses, sin que estos pudiesen contraatacar, hasta que consiguieron el apoyo de un contingente de tiradores atenienses. Plutarco, en particular, destaca que los 3.000 helenos estaban situados cerca del llano y que por eso fueron atacados por todas partes⁵⁹, pues era un lugar muy apto para que maniobrara la caballería enemiga. Heródoto nos describe entonces un ataque continuado por escuadrones⁶⁰, de manera muy parecida a la maniobra utilizada en el s. XVI d.C., conocida como «caracoleo»⁶¹. Consistía en formar la caballería en líneas paralelas frente al enemigo, exactamente como una formación de hoplitas. La primera línea se lanzaba entonces a la carga y disparaba sus armas arrojadas, luego giraba hacia un lado y se replegaba hasta el fondo de la

⁵⁵ Hdt. I, 79.

⁵⁶ El cornejo (*cornus*) es un arbusto muy ramoso, de la familia de las Cornáceas, de tres a cuatro metros de altura.

⁵⁷ X., *Cyr.* VII, 1:26.

⁵⁸ X., *Cyr.* VII, 1:38.

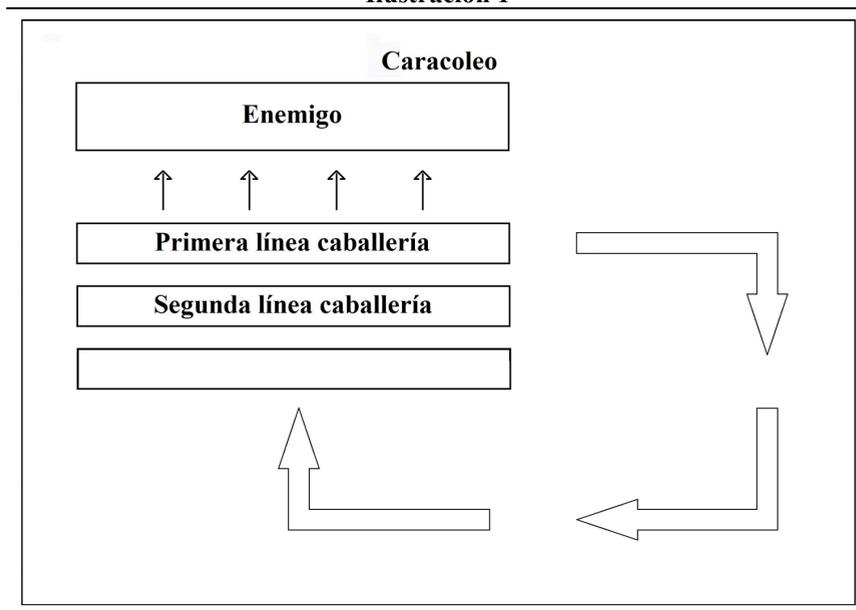
⁵⁹ Plu., *Arist.* XIV, 2.

⁶⁰ Hdt. IX, 20.

⁶¹ Véase también X., *Eq.* VII, 17, 18.

formación, mientras que las demás líneas repetían la misma maniobra. Cuando la última línea cargaba, la primera ya había vuelto a su posición, con las armas listas para atacar por segunda vez al enemigo.

Ilustración 1



Teniendo en cuenta que el caracoleo podían aplicarlo tanto la caballería ligera como la pesada, no sabemos a cuál de ellas se refiere nuestro autor, puesto que no aclara ni siquiera el tipo de armas que usaron y que nos permitiría hacer la distinción. La caballería pesada ejecutaría el caracoleo, o una maniobra análoga, por dos razones:

1. Porque en el choque frontal contra la primera línea, la energía cinética se agotaba pronto y el caballero tenía que dar marcha atrás y volver al ataque.
2. Porque la segunda línea de caballería no podía cargar antes de que la primera hubiera dado marcha atrás, para no aplastarla contra la infantería, privándola de cualquier margen de maniobra, y para no arremeterla en el momento del choque.

De los datos ofrecidos por Heródoto podemos deducir que:

1. El ataque de los jinetes tuvo resultados positivos, infligiendo muchas bajas al enemigo.
2. Los megarenses, sin embargo, resistieron y no huyeron, ni se replegaron, ni alteraron la formación, ni ofrecieron un blanco fácil al enemigo.
3. Los megarenses no tuvieron el apoyo de la infantería ligera, de lo contrario habrían conseguido contraatacar y acribillar a la caballería enemiga sin tener que pedir ayuda a los atenienses.

Las tropas megarenses se desempeñaban como hoplitas y los persas suponemos que como caballería ligera, que no entraba en contacto con los griegos para evitar bajas en los sucesivos asaltos, puesto que Herodoto no nos las menciona. Los megarenses se quedaban inmóviles tras sus escudos, esperando que las flechas y los venablos no traspasasen sus armaduras y que tampoco se les atacase por donde se hallaban desprotegidos, esperando entretanto la llegada de los arqueros atenienses. Estos fueron los que consiguieron reequilibrar el choque, pues, al matar a Masistio, dejaron a los jinetes persas sin un oficial que les coordinase. Así, los jinetes medos, lanzándose en desorden contra los tiradores áticos, perdieron toda ventaja táctica y, como consecuencia, la batalla⁶². Aunque no tenemos una referencia de la actuación de la caballería pesada, al menos sí se nos hace notar que cientos de jinetes realizaron una maniobra complicada, ejecutada con orden y disciplina, lo que demuestra el nivel de desarrollo alcanzado por ese cuerpo y el entrenamiento al que aquellos jinetes eran sometidos.

En Cunaxa Tisafernes atacó a los peltastas⁶³, que estaban alineados en una formación. Jenofonte narra que los infantes abrieron sus líneas y dejaron pasar a los jinetes enemigos en el interior de la formación, hiriéndoles con jabalinas y dagas⁶⁴. Lo que podemos comprender es que los caballeros no eran tiradores, porque se acercaron hasta llegar al alcance de la daga de los peltastas. Estos abrieron sus filas, pero es poco probable que les diese tiempo a abrirlas hasta que pasase toda una línea de caballería, por eso podemos suponer que no se trata de caballería pesada, que cargaría frontalmente y con las filas cerradas. Tisafernes, por tanto, debió atacar con caballería ligera, lo que podría probar que, en los flancos, se produjo un asalto con armas blancas contra la formación de peltastas, tratando de forzarles a huir y a descomponer su formación, lo que supondría perder toda

⁶² Hdt. IX, 20-23.

⁶³ Infantes de origen tracio, no eran tropas propiamente pesadas, por no tener lanzas; ni ligeras, por la posibilidad que tenían de reunirse en formaciones cerradas, como los hoplitas.

⁶⁴ X., *An.* I, 10:7; II, 3:19.

esperanza de sobrevivir ante una nueva carga. Sin embargo los peltastas fueron dirigidos por un hombre que *se condujo de forma inteligente* y por eso acribillaron a los atacantes con las jabalinas y pudieron reaccionar a la carga sin romper la formación. Tisafernes había elegido con lucidez su blanco, bordeando a los hoplitas para atacar a la infantería ligera que, probablemente, formaba en su retaguardia; sin embargo, el adversario pudo reaccionar y contraatacar, hasta rechazar a los jinetes persas. El sátrapa de Lidia había sido astuto, pero su contrincante lo había sido aún más.

Creemos que en el mencionado relato de la batalla de Cunaxa encontramos por primera vez una referencia literaria plausible y convincente del empleo de la caballería pesada. Como ya hemos dicho, esto no es debido tanto a la armadura de caballo y caballero, sino, sobre todo, a la manera de atacar. Ciro el Joven, con el cuerpo de caballería de los llamados «Compañeros de Mesa», cargó frontalmente contra Artajerjes y su guardia, posiblemente apuntando las lanzas contra el blanco. Tras la derrota del ala izquierda de Artajerjes por los «Diez Mil» (flanco derecho de Ciro), este (centro de su formación) se lanzó contra el centro adversario, mientras la derecha de Artajerjes estaba a punto de terminar su maniobra envolvente contra la infantería del flanco izquierdo de Ciro.

Esquema 2.

Ejército de Artajerjes II		
Derecha (maniobra envolvente)	Centro (Artajerjes)	Izquierda (infantería, huye)
Izquierda (infantería)	Centro (Ciro, carga)	Derecha (Diez Mil, persiguen)

Ejército de Ciro

Ciro intentó equilibrar su enorme desventaja numérica atacando a su hermano, consciente de que con la muerte del principal oficial se perdería cohesión y su ejército se dispersaría. Jenofonte nos describe la carga con sus 600 jinetes acorazados contra la guardia de Artajerjes, que estaba compuesta por 6.000 caballeros. Los 600 consiguieron derrotar al adversario, sin embargo cometieron el error táctico de lanzarse a su persecución, con lo que solo el cuerpo de los «Compañeros de Mesa» se quedó para proteger a Ciro hasta la muerte. Este se lanzó contra su hermano y consiguió herirlo, antes de ser abatido y su cuerpo mutilado junto al resto de los suyos⁶⁵. A pesar de haber mencionado las jabalinas de Ciro antes de la batalla, Jenofonte no nos describe ni el lanzamiento de armas arrojadas, sean venablos o flechas, ni la ejecución de maniobras semejantes al caracoleo de Masistio en Platea. Por tanto, parece que nos está describiendo una

⁶⁵ X., *An.* I, 8:21-29.

carga frontal, con las filas cerradas, para romper el frente adversario. Podemos también suponer que no usaban dagas a la hora de atacar, sino lanzas pesadas; por eso, Artapates, uno de los «Compañeros de Mesa», tuvo que desenvainar su daga a la hora de degollarse sobre el cadáver de Ciro⁶⁶. Plutarco, citando Ctesias de Cnido⁶⁷, así como también Diodoro nos refieren el lanzamiento de jabalinas entre los dos hermanos, algo que nos permitiría rechazar la hipótesis de una carga frontal de la caballería pesada, armada con lanza. Esto en caso de que ambos testimonios fueran más fiables que el de Jenofonte⁶⁸.

8. PANOPLIAS Y ARMAS

Relataba Heródoto que: *los persas [estaban] armados igual que los de infantería, solo que algunos de ellos llevaban en su cabeza yelmos hechos de hierro o bronce*⁶⁹. Describir el equipamiento de los jinetes persas es quizá aún más complicado que reconstruir sus maniobras, debido una vez más al silencio casi total de nuestras fuentes. En la crónica de las Guerras Médicas, sin embargo, no encontramos otras descripciones de panoplias de la caballería persa, con la excepción de la de Masistio, que Pausanias encontró en el templo de Atenea Políade, en la Acrópolis de Atenas, más de medio milenio después de la batalla de Platea⁷⁰. Este altísimo dignitario persa, por debajo de la túnica de púrpura, llevaba una armadura de oro, de láminas o de escamas⁷¹, es decir, una coraza que posiblemente podríamos paragonar a una armadura laminar típica de los pueblos orientales. Esta coraza, en particular, la formaban una serie de láminas de metal, superpuestas entre ellas en los bordes y fijadas a una túnica de tejido o cuero por unos remaches metálicos o por tiras. Volviendo al ejemplo de Masistio, cuando una flecha se clavó en el costado de su caballo, probablemente porque el animal no tenía armadura o protecciones, al menos en los flancos, este se encabritó y le tiró al suelo, pero los griegos no consiguieron atravesar su coraza de oro y tuvieron que asestarle un golpe en el ojo⁷². Esta podría ser otro dato que Heródoto nos deja para reconstruir su panoplia que, quizá, podía tener protecciones para el resto de la cara,

⁶⁶ X., *An.* I, 8:29.

⁶⁷ Una fuente de la cual han sobrevivido solo algunos fragmentos.

⁶⁸ Plu., *Art.* XI, 2, 3; D.S. XIV, 22:6.

⁶⁹ Hdt. VII, 84; véase también X., *Cyr.* VI; 4:2.

⁷⁰ Paus. I, 7:1.

⁷¹ Véase SCHMIDT, *op. cit.*, p. 46.

⁷² Hdt. IX, 22.

como vemos por ejemplo en la ilustración de Peter Dennis.⁷³ En Plutarco leemos que la armadura del oficial era de oro, bronce y hierro, y que tenía protecciones para las extremidades, siendo tan pesada, que no le permitió levantarse una vez caído de caballo. Podemos suponer que esa incapacidad pudo producirse por haberse quebrado algún hueso en la caída⁷⁴.

La arqueología nos ofrece una ayuda importante porque, tras la victoria de Maratón, los atenienses dedicaron parte de las armas que los persas habían perdido en el campo de batalla al templo de Delfos, de las que se ha conservado un yelmo. Se trata de un modelo cónico de tipo asirio, de bronce, que lleva una inscripción en el borde inferior: *a Zeus los atenienses (dedicaron), habiéndolo cogido a los medos*⁷⁵.

Otro detalle ofrecido por Heródoto es que Masistio montaba un caballo niseo, al igual que los 10 caballos sagrados del cortejo de Jerjes. Esta raza se criaba en Nisea, y el autor la describe como muy corpulenta⁷⁶. Nuestro cronista, además, se refiere al entrenamiento equino, cuando relata que el comandante Artibio montaba un animal amaestrado para erguirse y caracolear contra los hoplitas, coceando y mordiendo; por ello, el escudero de Onésilo tuvo que intervenir en el duelo del jinete contra su dueño y cortar las patas delanteras del animal con una hoz⁷⁷. Sobre el armamento del jinete Heródoto dice que era igual al de los infantes, de los cuales solo describe el arco, las lanzas cortas, la daga que colgaba sobre el muslo derecho⁷⁸, y el hacha⁷⁹.

Por lo que se refiere a Jenofonte sabemos que en Cunaxa Ciro el Joven llevaba la coraza por debajo de la túnica, como sus 600 jinetes de élite y como Masistio en Platea⁸⁰. Llevaba también protectores de muslos⁸¹ pero, a diferencia del resto de los caballeros, no tenía yelmo, afirmando Plutarco que llevaba una tiara⁸². Siempre en

⁷³ W. SHEPHERD (2012), *Plataea 479 BC, The Most glorious victory ever seen*. Oxford: Osprey, pp. 52, 53.

⁷⁴ Plu., *Arist.* XIV, 6.

⁷⁵ M. GUARDUCCI (1969), *Epigrafia greca*, Vol. II. Roma: Istituto poligrafico dello stato, p. 128.

⁷⁶ Hdt. VII, 40.

⁷⁷ Hdt. V, 111, 112.

⁷⁸ Hdt. VII, 61.

⁷⁹ Hdt. VI, 114; X., *An.* IV, 4:16.

⁸⁰ Plu., *Art.* XI, 9.

⁸¹ X., *An.* I, 8:6.

⁸² Plu., *Art.* XI, 4.

este último autor leemos que su coraza había resistido a una jabalina, aunque se tambaleó por el impacto⁸³. También Artajerjes llevaba armadura, perforada por Ciro, así como sus jinetes⁸⁴ y los 300 caballeros de la guardia de Mitrádates⁸⁵. Los propios caballeros del séquito de Ciro el Grande, en *Ciropedia*, así como su caudillo, llevaban coraza e yelmo⁸⁶. También conocemos que los caballos del ejército de Ciro el Joven se protegían con testeras y pecheras⁸⁷, mientras en *Ciropedia* hay una referencia a los quijotes y a las armaduras para los costados de los caballos de los carros falcados⁸⁸. Por lo que concierne a las armas, solo sabemos que tenían dagas griegas y que Ciro disponía de jabalinas⁸⁹. Nada nos dice Jenofonte sobre las lanzas, tampoco cuando nos describe la habilidad del joven en el uso del arco y del venablo en los ejercicios militares⁹⁰, aunque Plutarco destaca que el príncipe rebelde fue abatido por el hermano con una lanza⁹¹, que podría ser la *palta* que veremos a continuación.

Gracias a las pinturas vasculares sabemos que los jinetes persas usaban corazas muy parecidas a las de su propia infantería y que podían ser:

1. De cuero. Este modelo tiene las mismas características de la brigantina medieval, estando formado por placas de metal u otros materiales, insertadas entre dos capas de cuero, con costuras romboidales y con remaches en el centro de cada rombo. Podía llevar una falda de más capas superpuestas de tiras de cuero o tejido (*pteruges*) en el borde inferior, alrededor de la parte más alta de los muslos del guerrero, para proteger la ingle y las arterias femorales, que quedaban fuera de la armadura.
2. De escamas metálicas, remachadas a una túnica y con hombreras triangulares. Este modelo podría corresponder a la descripción de Heródoto

⁸³ Plu., *Art.* IX, 3.

⁸⁴ X., *An.* I, 8:9, 26.

⁸⁵ X., *An.* II, 5:35.

⁸⁶ X., *Cyr.* VII, 1:2.

⁸⁷ X., *An.* I, 8:7.

⁸⁸ X., *Cyr.* VI, 4:1; VII, 1:2.

⁸⁹ Plu., *Art.* IX, 3; XI, 2; X., *An.* I, 8:6, 7.

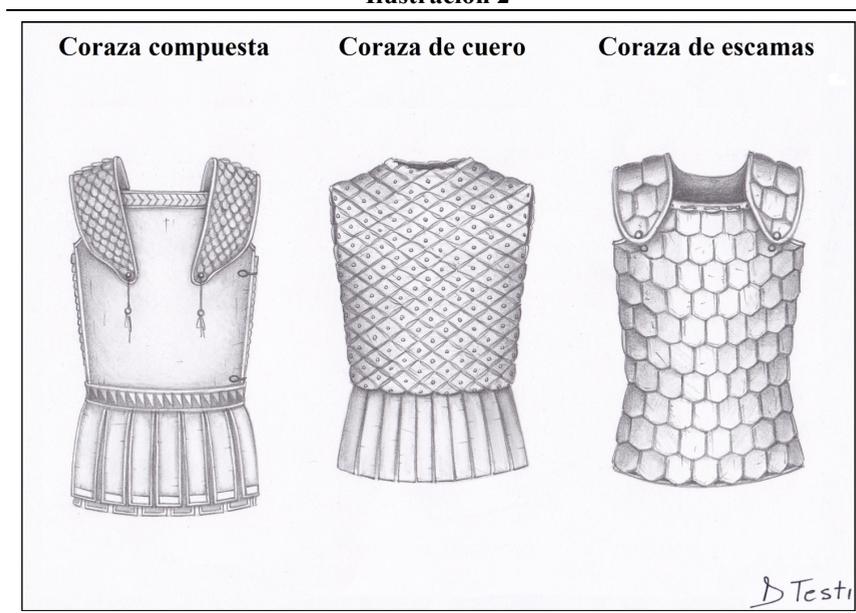
⁹⁰ X., *An.* I, 8:3-7; 9:5.

⁹¹ Plu., *Art.* X, 2.

de las *corazas fabricadas de láminas de hierro que parecían escamas de peces*⁹².

3. Un modelo muy parecido a la coraza compuesta de los hoplitas, es decir, la «coraza de lino» citada en *Ciropedia*⁹³. Se trata, en el caso griego, del *linothorax*, constituido por distintas láminas de metal: peto, espaldar, hombreras articuladas o flexibles, para poderse doblar hacia el peto a la hora de cerrar la armadura, y dos laterales para los flancos. Estas se insertaban en un forro de tejido o cuero sobre el cual se podían aplicar ulteriores protecciones metálicas, en forma de láminas o escamas, y en su margen inferior tenía dos o más capas de *pteruges* o un mandil.

Ilustración 2



El estudio de las sillas de montar nos ofrece la oportunidad de volver a tener en cuenta la supuesta existencia de un cuerpo de caballería pesada. Podemos suponer que los persas, sobre todo en el curso de la *Pentecontecia* (479-431 a.C.), habían

⁹² Hdt. VII, 61; en las excavaciones del palacio de Persépolis han sido halladas escamas de hierro (las más usuales), bronce y oro, que constituían partes de armaduras. Véase SCHMIDT, *op. cit.*, pp. 44-46.

⁹³ X., *Cyr.* VI; 4:2.

comenzado a acorazar su caballería para transformarla progresivamente en pesada y usarla para romper el frente enemigo. De hecho, como hemos visto, Jenofonte nos describe la protección de la cabeza y el peto del caballo. En general, los animales de la caballería ligera no llevaban coraza, para no comprometer su velocidad y su agilidad. Los jinetes griegos, a lo largo de todo el siglo, por lo que sabemos, cabalgaban con animales completamente desprotegidos. Jenofonte, en cambio, añade a su descripción de los jinetes persas del final del s. V a.C. las protecciones para los muslos del caballero (*parameridia*); es decir, una tira de cuero o tejido revestida de escamas de bronce, atada a la pierna o a la coraza y que podía proteger el muslo y la tibia, incluso la ingle y el pie, según sus dimensiones. Pero esto no es todo, porque en el curso del s. V a.C. se desarrolló la silla blindada (*parapleuridia*), que era una protección tanto para el caballo como para el caballero: *los caballos iban equipados con [...] quijotes de bronce; estos mismos servían de quijotes también al jinete*⁹⁴.

En esta reconstrucción nos ayudan un fresco y un bajorrelieve. El Túmulo II de Karaburun, cerca de Elmali (Licia), es una tumba del año 470 a.C. en que encontramos la primera versión de la silla blindada, cuya protección todavía era limitada y circunscrita a la rodilla, a la parte baja del muslo y a la parte alta de la tibia del jinete. En el bajorrelieve del sarcófago de Payava, de 375-350 a.C., vemos la que probablemente era la versión más evolucionada y desarrollada de la protección, que cubría toda la pierna del caballero y una parte del flanco del caballo. Es posible que se tratase de corazas de escamas o láminas de bronce, como vemos, por ejemplo, en la reconstrucción de Richard Scollins⁹⁵, fijadas a un soporte de tejido o cuero, fijado a su vez a un armazón rígido atado a la silla. En Cunaxa, los jinetes persas, o por lo menos parte de ellos, debían tener en su atuendo todo lo que podría implicar una carga frontal; pero, como hemos visto, no tenemos suficientes pruebas como para afirmarlo con certeza. De ser así llevarían un equipamiento pesado para defenderse de las armas arrojadas, sin que ello implicase su pertenencia a la caballería pesada.

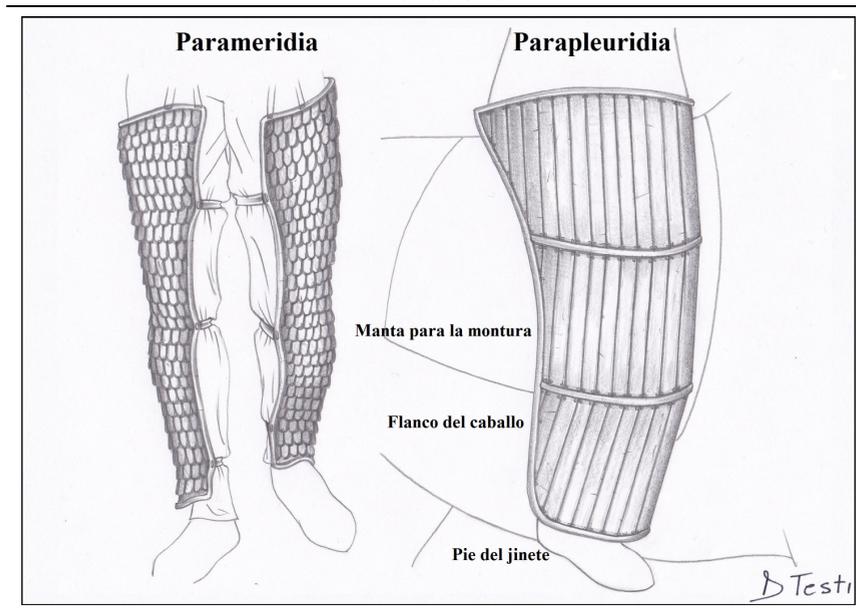
En las fuentes literarias falta hasta la más breve mención del escudo usado por los jinetes persas, lo que nos lleva a dudar de su existencia, a pesar de que sepamos que su infantería utilizaba modelos de diferentes formas y tamaños. La tablilla de Gadal—Iama, del 422 a.C., puede servir como documento, aunque su interpretación no es unánime, porque describe el equipamiento de caballo y jinete,

⁹⁴ X., *Cyr.* VII, 1:2.

⁹⁵ D. HEAD (1992), *The Achaemenid Persian Army*. Stockport: Montvert, lamina n. 7.

pero no está claro lo que corresponde a cada cual. Pierre Briant nos ofrece una traducción en francés, nada clara, y aún lo es menos la traducción en inglés.

Ilustración 3



Esquema 3

<i>Traducción en francés, por Briant, P.⁹⁶</i>	<i>Nuestra traducción en español</i>	<i>Nuestra interpretación</i>
Sangle et bride	Correa y riendas	Dicha correa servía para atar la silla al vientre del animal
Une couverture	Una manta	¿Para el caballo?
Une cuirasse	Una coraza	¿Para el jinete?
Un casque accompagnant la cuirasse	Un yelmo que se asocia a la coraza	¿O testera para el caballo?
Un couvre-nuque de tissu	Una protección de tejido para la nuca	¿Para el caballo?
Un bouclier pour le haut	Un escudo «para la parte alta»	La palabra «bouclier» es generalmente usada como sinónimo de escudo, pero podría ser tanto embrazado por el jinete como una ulterior protección aplicada a la parte frontal de su coraza.

⁹⁶ P. BRIANT (1996), *Histoire de l'Empire Perse, De Cyrus à Alexandre*, Paris: Fayard, p. 615.

120 flèches de choc et de course	120 flechas de impacto y de «carrera»	Llevarían distintos tipos de punta, una pesada, para una mayor fuerza de penetración, y otra más ligera, para un mayor alcance
Une massue de fer appartenant au bouclier	Un mazo de hierro perteneciente al escudo	No tiene sentido
Deux épieux de fer	Dos lanzas de hierro	Dos lanzas con punta de hierro
<i>Traducción en inglés, por Daniels, P. T.⁹⁷</i>	<i>Nuestra traducción en español</i>	<i>Nuestra interpretación</i>
Harness and reins	Correa y riendas	
A <i>suhattu</i> coat with neckpiece and hood	Una cota <i>suhattu</i> con protección para el cuello y capucha	No conocemos el término « <i>suhattu</i> », ni podemos averiguar si se trate de protecciones para el caballo o el jinete
An iron armor with hood	Una armadura de hierro con capucha	Si dicha capucha fuera un almófar, podría corresponder a la supuesta protección para la cara llevada por Masistio
A quiver	Un carcaj	
120 arrows, some with heads, some without	120 flechas, algunas con punta y otras no	No tiene particularmente sentido
A sword (?) with its scabbard	Una espada (¿?) con su funda	Probablemente una daga
2 iron spears	Dos lanzas de hierro	

Duncan Head explica que existen dos distintas interpretaciones de la tablilla, aunque es probable que lo que en ella se encuentra esté referido a la armadura del guerrero, por lo que el caballo se supone que estaría completamente desprotegido y que el jinete no utilizaría el escudo en el combate⁹⁸. Nicholas Sekunda tiene una opinión contraria, pues supone que el jinete persa del último cuarto del siglo V a.C. peleaba sujetando el escudo⁹⁹. Este autor menciona que, a partir de la segunda mitad de la centuria, se encuentran amazonas a caballo en las pinturas vasculares griegas, que aparecen con los trajes medos, sujetando un escudo parecido al *pelte* tracio, ligero y en forma de media luna. Sin embargo, no podemos averiguar si los autores de las vasijas, a los que se refiere este autor, están representando un escudo usado en batalla por los jinetes medos. Tampoco Jenofonte nos ayuda en este sentido y una vez más nos quedamos en la duda.

⁹⁷ P. BRIANT (2002), *From Cyrus to Alexander, A History of the Persian Empire*, edición de DANIELS, P. T. Winona Lake: Eisenbrauns, p. 598.

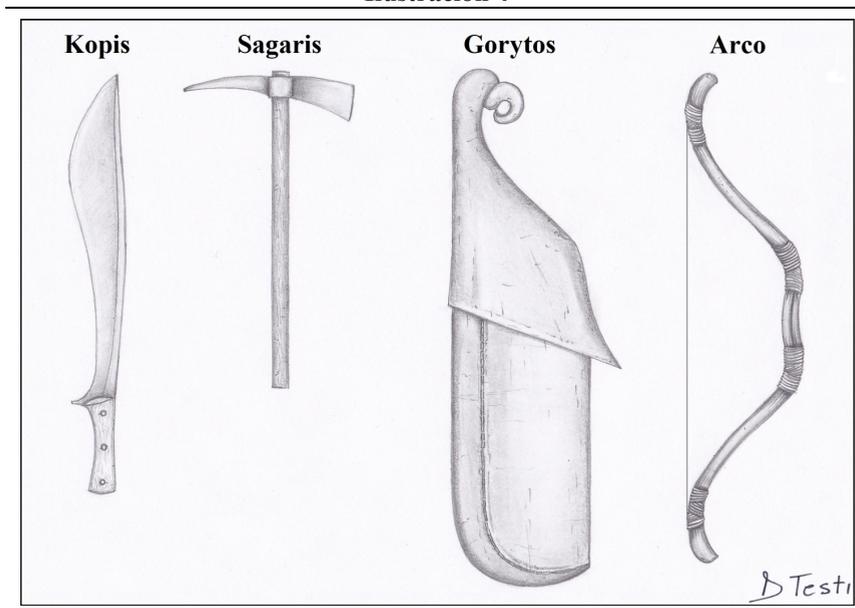
⁹⁸ HEAD, *op. cit.*, pp. 35, 38.

⁹⁹ N. V. SEKUNDA (1992), *The Persian Army 560-330 BC*. Oxford: Osprey, p. 21.

El carro falcado era lo que, sin duda, desempeñaba el papel de caballería pesada en el ejército persa a finales del s. V a.C., en la batalla de Cunaxa, cuando se utilizó como arma para romper la formación cerrada de la infantería enemiga; antes de esa fecha, en las fuentes nos aparece simplemente como un medio de transporte¹⁰⁰. Con su uso, la caballería pesada pasaría a tener una importancia secundaria.

Entre las armas de la caballería persa debemos mencionar:

Ilustración 4



1. La jabalina de cornejo o *palta*, con punta de hierro o bronce, es decir, los venablos que en Platea arrojaban contra los griegos¹⁰¹, y que podía ser usada en teoría como lanza de acometida.
2. La daga, que podría corresponder al *kopsis* citado en las fuentes, es decir, un modelo que podríamos definir como la solución intermedia entre una falcata griega y un machete moderno. De un solo filo, su lama era recta y curvaba y

¹⁰⁰ Véase X., *Cyr.* VIII, 8:25.

¹⁰¹ Hdt. IX, 49.

se ensanchaba hacia la punta, aunque hemos visto que también empuñaban modelos griegos¹⁰².

3. La lanza de acometida¹⁰³.
4. El hacha *sagaris*, de origen escita.
5. El *gorytos* de cuero, una mezcla de carcaj para las flechas y funda para el arco, de origen médico, con dos compartimentos separados para ambos, aunque existía también un modelo persa más parecido al occidental.

9. CONCLUSIONES

Hemos analizado hasta en los mínimos detalles y alusiones nuestras fuentes literarias griegas para intentar reconstruir todo lo que concierne la caballería persa: los distintos cuerpos, sus tácticas, sus formaciones, sus armas, sus armaduras, pidiendo ayuda en algunos casos a la arqueología. Hemos intentado individualizar aquellos elementos en el equipamiento y en las maniobras que denotan una evolución en el intervalo de tiempo que existió entre las batallas de Platea y de Cunaxa, aunque ya a comienzo del siglo la caballería persa dio prueba de su alto nivel de desarrollo.

Así, a pesar de las lagunas existentes en nuestras fuentes, hemos alcanzado unos resultados positivos, incluso una serie de indicios que podrían permitirnos suponer que, por lo menos, al finalizar del s. V a.C. los persas usaban la caballería pesada en sus guerras, ya que sus jinetes utilizaban lanzas largas, armaduras completas, sillas blindadas y, quizá, escudos. Sin embargo ningún autor o resto arqueológico de los conocidos se refiere a este cuerpo de manera concreta, por lo que no nos atrevemos ni a afirmar ni a negar su existencia.

10. BIBLIOGRAFÍA

- BETTALLI, M., D'AGATA, A. L., MAGNETTO, A. (2006), *Storia greca*. Roma: Carocci.
- BIBLIA (1988), *Ester*, edición de Martín Nieto, E. Madrid: San Pablo.
- BRIANT, P. (2002), *From Cyrus to Alexander, A History of the Persian Empire*, traducido por Daniels, P. T. Winona Lake: Eisenbrauns.
- BRIANT, P. (1996), *Histoire de l'Empire Perse, De Cyrus à Alexandre*. Paris: Fayard.
- DIODORO DE SICILIA (2008), *Biblioteca histórica, libro XIV*, edición de TORRES ESBARRANCH, J. J. Madrid: Gredos.

¹⁰² X., *An.* I, 8:7.

¹⁰³ Hdt. I, 79; X., *Cyr.* IV, 3:9.

- DIODORUS SICULUS (1946), Vol. IV, *Book XI*, edición de OLDFATHER, C. H. Cambridge: Harvard University Press.
- ENEAS EL TÁCTICO (1991), *Poliorcética*, edición de VELA TEJADA, J., MARTÍN GARCÍA, F. Madrid: Gredos.
- ESQUILO (1983), *Los Persas*, edición de ALSINA CLOTA, J. Madrid: Cátedra.
- EURÍPIDES (1999), *Heracles*, edición de LABIANO, J. M. Madrid: Cátedra.
- GUARDUCCI, M. (1969), *Epigrafía greca*, Vol. II. Roma: Istituto poligrafico dello stato.
- HEAD, D. (1992), *The Achaemenid Persian Army*. Stockport: Montvert.
- HERÓDOTO (1999), *Historia*, edición de BALASCH, M. Madrid: Cátedra.
- HOMERO (1989), *Iliada*, edición de LÓPEZ EIRE, A. Madrid: Cátedra.
- JENOFONTE (2006), *Anábasis*, edición de MARTÍNEZ GARCÍA, Ó. Madrid: Alianza Editorial.
- JENOFONTE (1987), *Ciropedia*, edición de VEGAS SANSALVADOR, A. Madrid: Gredos.
- JENOFONTE (1984), *El Jefe de la caballería, De La Equitación*, edición de GUNTIÑAS TUÑÓN, O. Madrid: Gredos.
- PAUSANIAS (1994), *Descripción de Grecia*, Libro I, edición de HERRERO INGELMO, M. C., Madrid: Gredos.
- PLATÓN (1981), *Diálogos, Laques*, edición de CALONGE RUIZ, J., LLEDÓ IÑIGO, E., GARCÍA GUAL, C. Madrid: Gredos.
- PLUTARCO (1996), *Vidas Paralelas II, Temístocles*, edición de PÉREZ JIMÉNEZ, A. Madrid: Gredos.
- PLUTARCO (2007), *Vidas Paralelas IV, Aristides*, edición de GUZMÁN HERMIDA, J. M., MARTÍNEZ GARCÍA, O. Madrid: Gredos.
- PLUTARCO (2009), *Vidas Paralelas VII, Artajerjes*, edición de SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, J. P. y GONZÁLEZ GONZÁLEZ, M. Madrid: Gredos.
- POLIENO (1991), *Estratagemas*, edición de VELA TEJADA, J., MARTÍN GARCÍA, F. Madrid: Gredos.
- SCHMIDT, E. F. (1939), *The Treasury of Persepolis, and other discoveries in the homeland of the Achaemenians*. Chicago: University of Chicago press.
- SEKUNDA, N. V. (1992), *The Persian Army 560-330 BC*. Oxford: Osprey.
- SHEPHERD, W. (2012), *Plataea 479 BC, The Most glorious victory ever seen*. Oxford: Osprey.
- TUCÍDIDES (1989), *Historia de la Guerra del Peloponeso*, edición de GUZMÁN GUERRA, A. Madrid: Alianza Editorial.